

reflexiones en torno a la preevangelización

Manuel Orta

«Nemo dat quod non habet. No hay humo perfumado sin incienso. No hay sacrificio sin víctima. ¿Cómo podría el hombre, si no existiera, darse a Dios?»¹.

Esta frase de Teilhard de Chardin creo que puede ser un buen pórtico de entrada al problema de la preevangelización.

Como la propia palabra indica, la preevangelización supone la tarea de abrir un camino a la predicación del Evangelio. Y ello porque esta predicación no resultará siempre posible hacerla de un modo inmediato a causa de factores culturales, antropológicos, sociales o psicológicos.

No es necesario recordar cómo, a lo largo de la historia, la preevangelización ha sido distintamente valorada y llevada a la práctica. Cuántas veces se ha adoptado la fácil postura, extraída de una mala interpretación de las palabras del Señor («si no os reciben o no escuchan vuestras palabras, saliendo de aquella casa o de aquella ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies», Mt 10,14), de abandonar todo lo que no fuera un éxito misional rápido y espectacular; cuántas veces se ha olvidado la necesidad de avanzar más y más cada día en el «desierto» a la busca de los extraviados (cf. Mt. 18,12-14).

Pero es que actualmente el problema de la preevangelización resulta mucho más **acuciante**.

Por un lado los países que en otro tiempo formaban «la cristiandad» han sufrido un fuerte proceso de secularización que, iniciándose en la Ilustración, todavía no ha llegado a culminarse.

Por otro lado, esos mismos países han experimentado en su población, a niveles masivos y sobre todo a partir de la recuperación operada tras la segunda

(1) TEILHARD DE CHARDIN, P.: «El medio divino». (Alianza, Madrid 1979), pp. 73-74.

guerra mundial, un proceso de materialización que no es consecuencia inmediata e inevitable de la secularización, sino que es consecuencia inmediata de la estructura social (sociedad industrial), económica (economía de mercado) y política (democracias parlamentarias) que se ha ido imponiendo en la mayor parte de estos países.

De otra parte este mismo fenómeno, con un proceso semejante, se ha repetido en otros países modernos que también tenían fuertes tradiciones religiosas no cristianas.

Por último, los países del llamado tercer mundo, a medida que emergen al desarrollo y la civilización, no sólo reciben la herencia antes mencionada del mundo civilizado, sino que expresan un doble rechazo: el de sus ancestrales tradiciones (que les resultan pobres al salir a la escena internacional) y el de aquellos formas culturales e ideológicas más ligadas a la potencias coloniales, es decir, determinados «occidentalismos».

Así pues vemos que se plantearán problemas específicos a la preevangeliación en las distintas áreas geográficas o en las distintas categorías sociales o culturales que abordemos.

Vamos a tratar de esbozar algunas ideas en torno a esta cuestión por si nos la pueden aclarar algo y ayudan a caminar en este sentido.

PRESUPUESTOS DE LA PREEVANGELIZACION

La presentación kerigmática de la fe en Cristo necesita en cada hombre una preparación. Si el corazón del hombre no está previamente dispuesto, se corre el riesgo de que ocurra lo que el Señor Jesús previó en la parábola: que la semilla de la Palabra caiga al borde del camino y se desperdicie, o bien que no arraigue por falta de tierra (Mt 13,1-9).

El acto de fe implica al hombre entero: su forma de entender las cosas, sus afectos, sus valores... Esto quiere decir que, si alguna de estas dimensiones es radicalmente opuesta al Evangelio, difícilmente podrá el individuo, no sólo aceptarlo, sino captarlo en su originalidad profunda de buena noticia para todos los hombres.

Pero junto a esta labor de preparación del sujeto, que es una tarea pedagógica, debe correr paralela una labor de adaptación de la Palabra de Dios y de los signos de la fe, para hacerlos comprensibles a los hombres a que se dirigen.

Antes de referirnos con más amplitud a estos presupuestos vamos a decir unas palabras sobre la preevangelización primitiva.

LA PREEVANGELIZACION PRIMITIVA

El problema de la preevangelización, tal como se ha expuesto aquí, no se le presentó a Jesús ni a los apóstoles en su primera predicación.

Jesús desempeñó su misión de cara a «las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mt 15,24) que ya habían recibido de la Ley, los profetas y por último de Juan, la necesaria preparación.

Pablo sí tuvo que afrontar este problema al predicar a los paganos, aunque es cierto que se trataba de un paganismo enormemente religioso, con sensibilidad para todo lo sobrenatural y con una concepción sacral de la realidad; ello a diferencia del mundo actual, ateo o muy vagamente creyente, que tiene mucha mayor dificultad para creer.

Como ya ha sido puesto de manifiesto², resulta un modelo su discurso en el areópago (Hch 17,16-34).

Se trata de un discurso prekerigmático, expuesto con un estilo estoico. Para captar la benevolencia de los oyentes, Pablo reconoce la parte de verdad que éstos poseen para, a partir de ahí, avanzar aún más, presentando la fe cristiana de una forma completa.

En definitiva, fue la adaptación del mensaje a las distintas culturas el reto con el que se enfrentaron los primeros misioneros cristianos. Y a este reto hemos de concluir que respondieron con gran creatividad y libertad. Prueba de ello es el nacimiento, en los tres primeros siglos de nuestra era, de una gran cantidad de iglesias, cada una con sus costumbres, con su forma peculiar de celebrar y de expresar la fe, profundamente unidas en su variedad.

Siglos más tarde, una mala comprensión del primado romano llevó a una latinización creciente y excesiva, y a un aumento desmesurado de la iglesia romana que, en la mentalidad popular, ha llegado a identificarse con la Iglesia.

Esta experiencia pasada nos subraya la importancia, sobre la que luego insistiremos, de esa tarea previa de estudio de la realidad social que se quiere evangelizar para captar en ella cuanto tiene de más original y de más positivo, y apoyar en esto la predicación.

(2) FLORISTAN, C. y USEROS, M.: «Teología de la acción pastoral». (BAC 1968), p. 327.

LA PREEVANGELIZACION HOY

Vamos a ver algunas cuestiones que suscita la preevangelización hoy, y trataremos de sugerir algunas líneas de acción.

Distinguiremos la preevangelización de los «gentiles» (los modernos ateos principalmente) de la de aquellas personas que, aun teniendo una muy vaga fe, son fundamentalmente indiferentes y viven en una superficialidad que las hace refractarias a una evangelización. Estos últimos son los que más abundan en nuestra sociedad, y por eso empezaremos con ellos.

En nuestra sociedad

Es un hecho fácilmente constatable que gran número de personas vive a nuestro alrededor en una continua dispersión, fuera de sí mismas.

Se siente una necesidad insaciable de felicidad, y necesidad urgente: la felicidad ahora y a cualquier precio.

Sobre todo para una juventud que ha crecido en el seno de una sociedad en la que los medios audiovisuales han llegado a cobrar una importancia extraordinaria, y de cuyo influjo no se han podido sustraer ni en la intimidad del hogar; el ver, el oír, el sentir, son algo previo al comprender y al creer.

Y a través de estos medios, y de otros que todos tenemos en la mente, se persigue muchas veces el aturdimiento. Se busca una felicidad exterior y efímera, ya que la interior no se encuentra.

«Se aturden para evadirse de un silencio que les atemoriza, porque les enfrenta con ellos mismos. Se llenan para disimular su vacío, el de dentro. Esta exaltación parece que responde a la necesidad de huida, hasta el punto que adquiere caracteres patológicos, y que puede encontrar su explicación y compensación a su inseguridad, aburrimiento y ansiedad»³.

Estas líneas, extraídas de un perspicaz análisis de la juventud contemporánea, son bien expresivas del primero de los problemas con los que tiene que enfrentarse una preevangelización: el de la falta de silencio y de paz interior que padece la sociedad, malamente adoctrinada y, desde luego, no evangelizada, de nuestros días.

(3) BOHIGUES, R.: «Análisis de la juventud contemporánea». (Sevilla 1975), pp. 24-25.

En definitiva es el problema de la deshumanización, es decir, de la desarmonía profunda y grave que viven en sí mismas muchas personas. Brotes de violencia, falta de personalidad, falta de amor, son algunas de las consecuencias de esta deshumanización.

La necesidad de música por ejemplo, de continuas excitaciones sensoriales, no revelan sino la existencia de un gran vacío que se puebla rápidamente de preocupaciones y miedos tan pronto como se percibe, y que cuesta trabajo aceptar.

Es claro que en esta tesitura la persona es incapaz de aceptar el mensaje del Evangelio y sus exigencias, ni lo podrá captar como buena noticia. Recordemos la cita de Teilhard con la que comenzábamos estas reflexiones: «¿Cómo podría el hombre, si no existiera, darse a Dios?».

Aquí hay que renunciar a una evangelización directa, y comenzar la tarea más oscura y lenta de la preevangelización.

Esta debería tener dos objetivos inmediatos:

1.ª) Hacer que la persona llegue a profundizar en su propia conciencia, que tome contacto con su propia realidad. Para ello pueden servir las dinámicas grupales de comunicación, de concienciación o de profundización; puede servir el ejercitar a las personas en la autotranquilización, percepción de las sensaciones conscientes, control de la respiración, etc. También el diálogo personal en profundidad, la entrevista según el método rogeriano o cualquier otro (sobre esto volveremos más adelante).

2.ª) Se trata de crear personas relajadas, no agobiadas, con sensibilidad para lo natural y lo cotidiano.

La manera concreta de inculcar esta forma de vida puede variar mucho según las circunstancias y clases de personas.

Pero todavía estos dos objetivos se muestran insuficientes si falta el elemento principal: una persona no será capaz de amar, no será verdaderamente hombre, si no se siente a su vez amada por lo que es, es decir, no por lo que tiene, hace, siente o piensa.

Esto lo intuyó un jesuita, sacerdote obrero totalmente encarnado en una realidad social muy difícil y profundo místico, cuando escribía: «El apostolado consiste únicamente en la amistad más profunda; ésta es la mensajera del

amor del cielo en donde seremos los unos para los otros el amanecer de toda la intimidad del amor divino... El apostolado no tiene ninguna otra razón de ser»⁴.

Puesto que el amor es salvador, liberador, el preevangelizador habrá de vivir con especial intensidad la dimensión mística del amor universal, pero al mismo tiempo concreto, desprendido.

Descubrir en las personas a las que se dirige su ser más profundo, que consiste en ser «de Dios», descubrir el «Deus intimior intimo tuo».

En esta tarea, si tarea puede llamársele, hay que ir descubriendo en el otro su yo más central, y ayudándole a que él también lo descubra. Amarlo con total desinterés, ser para él presencia y cercanía de Cristo, aunque sea oculta.

En este proceso de preevangelización hay que ser pacientes y saber aguardar el momento oportuno para proclamar con palabras el Evangelio.

Y digo con palabras porque, no sólo debemos proclamar el mensaje de la salvación a los hombres, sino que nosotros mismos debemos ser ese mensaje, como el mismo Cristo se hizo mensaje de salvación por nosotros.

Hemos hablado hasta ahora de los **condicionamientos subjetivos** de la preevangelización. Pero existen otra serie de **condiciones objetivas** contrarias a la aceptación del Evangelio con las que la preevangelización habrá de enfrentarse. Destacaremos algunas:

El cristianismo ha estado ligado durante siglos a una cultura, y todavía se habla hoy de la civilización cristiana occidental. La lengua litúrgica, hasta hace poco tiempo, era la del Imperio romano.

Todo el universo simbólico y las categorías teológicas creadas por nuestra Iglesia a menudo puede ser que resulten incomprensibles para quienes no tengan nuestras mismas claves de interpretación, nuestras mismas tradiciones y experiencias. Sin embargo el Evangelio ha de ser predicado a todos, según mandato del mismo Señor.

Como la preevangelización es la tarea previa a la evangelización, parece necesario una traducción de la buena nueva a todas las culturas y subculturas (muy importante en nuestra sociedad); traducción valiente que respete aquello que en éstas no se oponga frontalmente al Evangelio.

(4) BROECKHOVEN, E. van: «Diario de la amistad». (Narcea, Madrid 1973), pp. 40-41.

Adaptación pues, aunque no identificación con ninguna ideología, para no caer en el mismo defecto.

. En una sociedad en donde reina la injusticia, la promoción de la justicia es algo previo y a la vez indiscutiblemente simultáneo a la evangelización.

En cuanto previo, hemos de decir que pertenece a la preevangelización toda tarea de promoción humana y social que prepare la predicación.

De hecho, como vamos viendo, casi todas las tareas de preevangelización tienen un denominador común: humanizar más al hombre.

. Otra serie de dificultades para la evangelización dimanar de la postura ambigua, o claramente antievangélica que en ocasiones ha adoptado la Iglesia. Todo esto perjudica la credibilidad del mensaje que luego se quiere predicar, o bien lo hace muy opaco.

Ante estas dificultades el preevangelizador deberá adoptar una actitud humilde, sabiendo reconocer los fallos sin descabelladas ni insostenibles apologías. Tratando igualmente de vivir su compromiso evangélico con la mayor radicalidad y limpieza posibles, de forma que venga él mismo a ser mensaje, signo vivo e interpelante.

Entre estas dificultades a que nos estamos refiriendo pueden estar las siguientes:

— el hecho de que la Iglesia en muchas ocasiones se haya comprometido, y todavía no esté suficientemente distanciada, con regímenes políticos totalitarios que se autocalifican de cristianos;

— el hecho de que la Iglesia haya aparecido con frecuencia, y aún aparezca, más vinculada a las clases económicamente poderosas que a los pobres, y que sus mismos representantes den la impresión en ocasiones de ser grandes de este mundo más que servidores;

— los errores históricos cometidos por la Iglesia en materia de libertad de investigación, libertad religiosa, etc., que han contribuido a darle un hábito de institución superconservadora, retrógrada y oscurantista entre ciertos sectores. Y ello en un mundo que lucha por conquistar su autonomía y que tiene una gran preocupación científica y de eficacia.

No es preciso alargarse más. Todos tenemos en la mente los errores de los que hemos sido culpables, también es posible que hayamos experimentado

en nuestro apostolado hasta qué punto todo esto influye muy negativamente en la actitud frente al Evangelio de las personas a las que querríamos predicárselo.

Ya hemos dicho cómo la tarea de la preevangelización habrá de enfrentarse a estas dificultades. Y subrayamos cómo ésta sería lenta y ardua, y que el preevangelizador habrá de aprender a aguardar con paciencia, viviendo en medio de sus hermanos como quien sirve, renunciando a ver frutos inmediatos; habrá que aceptar y encarnar la palabra del Señor de que «si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, quedará sólo, pero si muere, llevará mucho fruto» (Jn 12,24).

Podemos concluir con la interpelación lanzada por Taizé en la apertura del concilio de jóvenes de 1974:

«Iglesia, ¿qué dices de tu futuro? ¿Vas a renunciar a los medios de poder, a los compromisos con los poderes políticos y financieros?

¿Vas a abandonar los privilegios, renunciar a capitalizar? ¿Vas a llegar a ser finalmente comunidad universal que comparte, comunidad al fin reconciliada, lugar de comunión y de amistad para toda la humanidad?

¿En cada lugar, y en toda la tierra vas a llegar a ser semilla de una sociedad sin clases y sin privilegiados, sin dominación de un hombre sobre otro, de un pueblo sobre otro pueblo?

Iglesia, ¿qué dices de tu futuro? ¿Llegarás a ser pueblo de las bienaventuranzas, sin otra seguridad que Cristo, un pueblo pobre, contemplativo, creador de paz, portador de alegría y de una fiesta liberadora para los hombres, a riesgo de ser perseguida a causa de la justicia?»⁵.

En el diálogo con los ateos

Todo lo anteriormente dicho sirve para la preevangelización de aquéllos que niegan radicalmente, con sincero convencimiento intelectual, la misma existencia de cualquier tipo de trascendencia.

En estos casos la apologética podría tener mayor papel. Pero apologética que, a diferencia de la tradicional, no debe ir dirigida a machacar al adversario,

(5) Carta al Pueblo de Dios. Apertura del Concilio de jóvenes, Taizé, 1 de septiembre de 1974 (citado en Bohigues, op. cit., pp. 165-166).

sino que debe respetar profundamente su persona y su opción como punto de partida.

Apologética que no podrá apoyarse en filosofías totalmente obsoletas y que no tienen nada que decir al hombre de hoy, sino que habrá de ser más vital y existencial, porque el cristianismo no es un teorema que se pueda demostrar a cualquiera, y la negativa a creer no es síntoma inevitable de mala fe (lo que lleva a descalificar al otro).

Como ya se ha apuntado⁶ hoy día lo existencial ha de acentuarse mucho más que lo esencial, el dinamismo de la historia más que el estatismo de los sistemas muy elaborados.

Los argumentos afectivos tienen más fuerza para el hombre de nuestra sociedad que los impersonales, los persuasivos más que los impositivos.

Por todo lo dicho se habrá de concluir que es en el diálogo sincero y en profundidad donde habrá de desarrollarse esta apologética.

Y también se habrá de concluir que el respeto por el interlocutor es imprescindible para que éste pueda ser llevado a cabo. Si no tomamos en serio a los demás, tampoco podremos ser tomados en serio por los otros.

El Concilio Vaticano II ya recomienda esto y el saber reconocer en el otro sus valores, dándonos una pequeña síntesis de lo que deberían ser presupuestos indispensables de toda preevangelización:

«Como el mismo Cristo escudriñó el corazón de los hombres y los llevó con un coloquio verdaderamente humano a la luz divina, así sus discípulos, inundados profundamente por el Espíritu de Cristo, deben conocer a los hombres entre los que viven y conversar con ellos para advertir en diálogo sincero y paciente las riquezas que Dios, generoso, ha distribuido a las gentes, y al mismo tiempo ha de esforzarse por examinar estas riquezas con la luz evangélica, libérralas y reducirlas al dominio de Dios Salvador»⁷.

Eso en cuanto a las actitudes. Por lo que respecta al contenido del diálogo, éste podrá variar mucho según las circunstancias y personas.

[6] FLORISTAN-USEROS, op. cit., p. 329.

[7] Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia, n.º 11 («Vaticano II. Constituciones, Decretos, Declaraciones». BAC 1966, p. 585).

La radical pobreza del ser humano, dependiente de las cosas y de los otros, y que constata los límites de su existencia finita contra los que se rebela, y también, por otra parte, su íntima tensión de ser perpetuamente insatisfecho frente a sus inagotables deseos y parciales conquistas, pueden ser temas sugerentes.

De cualquier forma todas las sugerencias para el diálogo deberían tener en común algunas cosas.

En primer lugar, su enfoque antropológico. Hemos de partir del hombre para llegar a Dios. La dignidad y el valor de éste tendrían que ser presupuesto comúnmente aceptado antes de comenzar el diálogo.

En segundo lugar, su matiz existencial y vital, para ser fieles a la orientación que hemos dicho poco antes que consideramos más válida.

A MODO DE CONCLUSION

La primera consideración que se nos ofrece es lo poco estudiado que está el tema de la preevangelización a nivel teórico. La bibliografía es no muy abundante y en varios diccionarios teológicos consultados no se incluía la voz preevangelización.

Creo que todo ello es indicio de que el tema no ha preocupado demasiado. En un contexto de «sociedad cristiana» también indica que lo que predominantemente interesa es seguir predicando, administrando sacramentos, dando ejercicios espirituales, etc., a quienes están preparados y quieren recibirlos, y que las «ovejas perdidas» interesan bastante menos.

A nivel práctico las realizaciones no han sido demasiado originales, ni totalmente satisfactorias. Hay un cierto recelo en llevar consecuentemente a la práctica lo que a nivel teórico está claro, y en extraer determinadas conclusiones operativas.

Urgiría por tanto reconocer los fallos, tanto a nivel individual como colectivo, y realizar una planificación pastoral sensata, es decir, atenta a los matices de la realidad con que se enfrenta.

Así pues, una seria elaboración teológica de un lado, y una sincera preocupación pastoral de otro, son absolutamente necesarias.

M. Orta